

LA REVOLUCION MEXICANA Y LA ESPAÑOLA

Por SILVIO A. ZAVALA

Para enunciar la revolución mexicana acogeré la tesis admitida generalmente y que parece recoger los rasgos esenciales.

Como panorama de México se tenía un pueblo de enorme desigualdad: honda miseria y abandono abajo; opulencia en los de arriba. El problema se agudiza en derredor de la tierra y de las empresas industriales: la riqueza agrícola en manos de terratenientes contados; la riqueza industrial casi en su totalidad en poder de fuertes compañías extranjeras.

Del régimen estacionario de la dictadura de Díaz se pasa al choque violento e inevitable, y la revolución, cuyo prelude político es Madero, adquiere pronto hondos matices sociales. Las fuentes populares abren sus recipientes de dolor, y cual floración del propio suelo, crecen y se mueven las grandes masas bronceadas que yacen en los fondos de la sociedad mexicana.

La intensidad borra los detalles. El lirismo democrático de Madero va quedando cada vez más olvidado. Los principios, las teorías, los hombres de ciencia, todos pasan a un plano secundario. El dibujo central lo da el proletario que muere anónimamente, que lucha por instinto más que por razón, que roba para sentir por primera vez la sensación de la propiedad, que llega a las ciudades en son de revancha, que inflama sus fibras distendiéndolas desmedidamente, en relación causal con su estrechez y doblegamiento anteriores.

Calma después la avalancha: el hombre de estudios viene a interpretar el tremendo sacudimiento y a concretar las leyes y la nueva organización. En el Congreso de 1917 se reúnen en extraño consorcio el abogado joven que sale de la Universidad y el revolucionario obs-

curo que viene de los campos. No siempre se entienden, pero, al cabo, construyen la ley fundamental.

Viene el acomodamiento posterior, la estabilización que sigue a la lucha y queda escrita la página revolucionaria mexicana.

* * *

La revolución española, aún en desarrollo vivo, no puede encajarse con facilidad en una interpretación. Fijemos únicamente los puntos más claros.

El elemento grave surge al estudiar la situación real del pueblo español; no el artificial y acomodaticio de la gran ciudad, sino el que vive obscuramente en los campos olvidados. La lucha, cuando es profunda, encuentra allí sus raíces hondas; por eso conviene saber del pequeño pueblo, de la masa que es carne de las revoluciones. No olvidamos por eso al obrero organizado de la ciudad española, que puede ser un factor importante.

¿Hay en los pueblos conformidad? ¿O existe la distancia entre los pobladores, que crea el odio?

El pueblo de España no acusa seguramente los contrastes del mexicano; tiene mayor fijeza, más hondo sentido de su asentamiento. En México la distancia era tal que impedía el odio; lo que nacía entonces era la conciencia de una vida en planos diversos, y el choque era un salto inmenso y una explosión violenta entre fuerzas tan distintas que apenas podían llamarse contradictorias. En España el pueblo es más homogéneo, pero parece fijado con dureza en torno de su asiento. El libre desplazamiento es menor y las distancias también; los enemigos pueden considerarse del mismo planeta. Están en puestos de combate que no necesitan del proyectil lejano para encontrarse, basta el arma corta. Y precisamente porque su distancia es menor, el odio parece crecer con tonos crudos. Ruda-mente asentadas, estas fuerzas giran en espera de un encuentro fatal.

En la ciudad, la disciplina, la dirección y el ambiente general dan otro matiz al problema; el ariete puede obedecer ya a una fuerza inteligente; tal vez sea lícito hablar de un "control".

Pero lo fundamental es reconocer la existencia de un problema hondo. Sin esta premisa podrá haber cambios políticos, pero no una revolución social. Este factor casi no ha figurado hasta ahora en el movimiento español. Por la preponderancia de la forma política, le dedicaremos unas apreciaciones aquí.

Se afirma la desaparición de las antiguas minorías agrupadas en

derredor de la monarquía: alto clero, aristocracia, ejército. Crecidas al abrigo, eran débiles.

Pero al desaparecer han dejado un vacío. La obra externa, que fue indispensable para la destrucción del régimen monárquico, no ha sido homogénea, ni la impulsó una fuerza única preparada con anterioridad, que por ley de crecimiento y por necesidad de ocupar el poder haya desplazado al régimen que antes lo llenaba. La descomposición vino y coadyuvieron fuerzas variadas unidas por la finalidad, pero no por sus condiciones intrínsecas.

La consecuencia ha sido que, detrás de la caída, no se ha hallado un elemento idóneo, con título suficiente e indiscutible para ocupar las posiciones preponderantes. La polémica ha surgido naturalmente: ¿quién ha traído la República? ¿La izquierda, la derecha o el centro?

Alguien ha dicho que vino sola; se tomó por herejía, porque priva a los pretendientes de un título creador honroso y que funda las pretensiones futuristas. No interesa por ahora aclarar el punto. Lo que importa es fijar en el proceso político de la revolución española el momento actual en que se hace preciso colmar el vacío. Y los dos problemas que considero esenciales son:

Si la solución se dará o puede darse en el terreno estrictamente legal y democrático que hasta ahora se ha seguido o desbordará hacia soluciones violentas. Y luego, si el pueblo, o los partidos organizados, van a resolver la naturaleza de la revolución; van a decir si ésta es de izquierda o de derecha; obra burguesa y tranquila, o plena de izquierdismo.

Dentro de poco ya no se discutirá quién trajo la República. Lo que interesará será el color de la revolución, su matiz. Quizá puede pensarse también que el ciclo puramente político se cierra para entrar a un estadio más profundo.

* * *

El rasgo fundamental de la revolución mexicana es el sacudimiento social; es la movilización de masas en torno de anhelos más o menos confusos, pero lo suficientemente vivos para provocar el movimiento. En la revolución española, hasta ahora, lo típico ha sido el rasgo democrático; la dirección política consciente, la reflexión.

En México los intelectuales se incorporan a la corriente central como colaboradores de última hora. Comentaron en leyes la revolución en vez de causarla. Una revolución popular usa más la sangre que la tinta: es poco propicia para la obra del intelectual. En España el intelectual prepara la caída del régimen anterior. La causa en gran parte. En admirable posición de adoctrinamiento señaló la ruta,

marcó los pasos y triunfó. Escribió con tinta la revolución y no con sangre.

Dentro de la revolución mexicana, el proceso político previo careció de trascendencia para la estructura del país, aunque históricamente lo tenga de primer orden. El proceso político posterior a la revolución social tampoco es fundamental. En la revolución española, hasta ahora, el plano político ha ocupado el primer puesto y pretende recabar los derechos para continuar dando las normas para el cambio social, modulándolo, haciéndolo a su manera con plena conciencia y reflexión.

En un caso, visión de masa que empuja irresistible. En el otro, solución esencialmente democrática y tranquila.

Además, en la revolución mexicana el movimiento que parece surgir de las entrañas mismas de la nación, que se yergue en forma casi natural, irresistible, acusa desde el principio y por su sola vida sus caracteres, y el país no es sino un vasto recipiente pasivo que recoge las convulsiones que le imprime la corriente central revolucionaria. En España la revolución nace con lógica, pero sin esencia propia, sin caracteres indelebles e irremediables. Por eso es posible discutir en polémica viva quién la ha traído. Se quiere a través de la paternidad fijar sus rasgos. Por eso también, en el momento actual, cuando se llega al borde inevitable en que hay que matizar en definitiva al engendro, en que siguiendo la costumbre cristiana, hay que bautizarlo, se discute si la revolución ha de ser burguesa o de izquierda, blanca o roja. Y la decisión, el poder sentenciador, se atribuye bien al juego de los partidos hoy existentes, dentro de un terreno estrictamente parlamentario y democrático, o bien al pueblo español, a la voluntad general no encerrada en partidos.

Lo interesante es que el país resulta modulando su revolución. Aquí el papel pasivo corresponde al movimiento y no a la nación.

Pero al llegar a este punto de nuestras comparaciones, encontramos un momento crítico: las fuerzas políticas españolas han sido hasta aquí omnipotentes y han conseguido normar la vida revolucionaria, pero hay el anuncio claro de un cambio, que no se puede desconocer. Se está pasando al período orgánico social. La fuerza de los sucesos plantea problemas de fondo que se ligan a la vida misma del país, a su ordenación íntima.

En Castilblanco, en Arnedo y en otros tantos sitios se dan los primeros síntomas de un algo que precisa esclarecer y solucionar. Vecinos desheredados u obreros chocan con la fuerza pública y pagan algunos con la vida su furia contra el orden y la fuerza legal. Caen también algunos guardias civiles y España toda parece dividirse en dos inmensos sectores: uno que siente la muerte de los represen-

tantes de la autoridad, paga misas por sus almas y recauda dinero para las familias. Otro que se solidariza con los obreros caídos.

El sentido consciente e inteligente que hasta aquí ha ostentado la revolución de España llega a su prueba crítica. Se trata de saber si en el nuevo sector que ahora se abre puede mantener su hegemonía, o va a perderla ante un fenómeno de brusca precipitación y arrastre que anule y destruya las notas predominantes hasta ahora.

Y la solución no sólo tiene el interés de fijar en definitiva los rasgos de la revolución española, sino además tiene el muy importante de servir, en caso de que prevalezca la dirección técnica hasta el fin, de ejemplo importantísimo a los otros países, especialmente a los hispanoamericanos, que, acostumbrados a ver el nacimiento de sus revoluciones como brotes hondos e irresistibles, van perdiendo la fe en el poder de encauzarlos y dominarlos técnicamente.

Además, puede España resolver un problema de tipo general: el de saber si puede hacerse sin sacudimientos, con técnica, sin violencia, con orden, una revolución profunda.

* * *

La revolución mexicana, como proceso típico de desencadenamiento social, como obra instintiva de un pueblo, sirve bien por sus caracteres vivísimos para estudiar los movimientos que nacen de la estructura misma de un país, que viven irresistiblemente y dejan su huella honda por encima de sus elementos individuales y sus concreciones legislativas. Como inmenso bloque de granito, presenta sus aristas firmes a la observación y deja en el ánimo impresión de fatalidad, de impotencia humana ante los sacudimientos sociales.

Por otra parte, absorbe y aniquila los pasos políticos que la preceden y que la han seguido. Su cuerpo central de rudas dimensiones, apenas permite importancia a la introducción y al final políticos. Y luego, en correlación con la intensidad de la revolución, se aprecian en grado máximo los efectos que causa, tanto en el orden económico como en el social; tanto en la vida material como en el espíritu de las gentes. Los que nacen bajo el signo revolucionario aprenden a tenerlo como una sombra perpetua que los cobija. La juventud universitaria de México—me refiero a la actual—, a pesar de haber nacido después de consumada la revolución, siente todos sus pasos bajo la tutela del gran acontecimiento. Se desplaza con libertad únicamente dentro de los límites ideológicos revolucionarios. Salirse de ellos le parece un suicidio: si aquello ha sido tan fatal e irremediable, no cabe sino aceptarlo; vivir dentro del gran proceso creado a raíz del sacudimiento. Por eso quizá la juventud de México no se ha dedicado a una labor de crítica, sino más bien de interpretación.

Y en compensación a esta falta de movimiento, encuentra en cambio una maleabilidad social maravillosa dejada por la revolución. Dentro de las normas revolucionarias no hay imposibles. Toda la materia social se encuentra blanda; la mano puede plasmar en ella sin miramientos, sin tener en cuenta los innumerables factores que parecen esenciales en las sociedades de tipo estático. Después de la revolución, la vida de México se ha aligerado; se marcha sin obstáculo de un extremo al otro. Es lo que los observadores extranjeros han llamado "la audacia mexicana".

Es indudable que hay en esto un fondo americano general que hace más ligera la vida y permite una movilidad que en Europa se alcanza difícilmente; pero el fenómeno de acentuación debido a la revolución mexicana es sumamente fácil de apreciar.

Apartándonos ahora de México, veamos lo que España nos enseña hasta hoy.

Acción consciente sobre los sucesos sociales, y no acción cualquiera, sino profundamente reflexiva y técnica. Modulación lenta del proceso revolucionario.

Vuelta continua de los dirigentes hacia el proceso que van creando para examinarlo y juzgarlo; hasta para criticarlo con el sentido más elevado que puede tener una crítica constructiva.

Vemos esfuerzos por "rectificar" la República. Escuchamos también la voz que invoca las razones históricas, la que siente la grave responsabilidad del hombre que "se ha puesto a crear historia".

La preocupación de crearla bien, la conciencia de que se está creando, la confianza en la acción inteligente del hombre, son notas elevadísimas del momento español.

La obra política ha sido preponderante, es verdad, pero no de política corriente, sino acusando complejidad: rige al país, pero también trata de encauzarlo por los marcos históricos. Hasta puede pensarse en la aparición de un nuevo tipo de director público: aquel que no sólo atiende a las vibraciones del momento, sino que tiene después que pasar sus resoluciones por un segundo tamiz mucho más exigente: el de la conformidad histórica de su acción, el de su validez no sólo pasajera, sino definitiva.

Pero hablo, naturalmente, de lo hecho hasta hoy, y no se puede olvidar que la prueba más dura está por venir y derivará de la nueva clase de materias que hay que enfocar: leyes complementarias, reforma agraria, nuevas bases de organización social... ardua labor que lo mismo puede conducir al triunfo definitivo del sentido técnico y democrático español que a su fracaso doloroso, que no será atribuible, seguramente, a defectos propios, sino a la imposibilidad

abstracta de la tarea. Será la negación de las revoluciones conscientes, ordenadas y de tipo técnico.

Y si el fracaso se ocasiona por resistencias de los sectores privados que sufran a causa de los cambios inteligentes que se requieran para la obra revolucionaria, habrá que concluir que faltó esa "suavidad", esa "movilidad" que vemos existe en México y que permite estrechar los intereses privados hasta los límites indispensables.

Mas si la suavidad nace del movimiento violento, llegaremos fatalmente a pensar que en España, al igual que en México, ha de seguirse la ley irresistible: sacudimiento que dé al ambiente la plasticidad necesaria para construir los nuevos modelos de vida.

Las enseñanzas de tipo mundial que pueden derivar de la revolución española en estos momentos en que la masa parece asentar por doquiera su planta, constiuyendo anónimamente sus procesos, merecen el mayor interés y aumentan la nota de responsabilidad en las individualidades creadoras.

Madrid, enero de 1932.